



Lectura

3.º de Primaria

El viento que perdió su silbido

Un cuento corto para leer sin preguntas detrás.



El viento Fiu vivía en lo alto de las montañas y bajaba al valle todas las tardes.

Era un viento alegre. Silbaba entre las ramas, hacía girar las veletas y empujaba las barcas de papel que los niños echaban al río. Todo el valle sabía que eran las seis porque Fiu llegaba silbando.

Una mañana de otoño, Fiu se despertó con un picor en la garganta. Intentó silbar y solo le salió un soplido flojo, como el de alguien que apaga una vela.

—Fffff.

Bajó al valle de todos modos. Pero sin su silbido, nadie se dio cuenta de que había llegado.

Las veletas giraron sin que nadie las mirara. Las hojas cayeron sin que nadie dijera «mira cómo vuelan». Los niños no levantaron la cabeza.

Fiu se sintió invisible.

Fue a ver a la lechuza, que era muy sabia y muy dormilona.

—He perdido mi silbido —le dijo.

—Los silbidos no se pierden —bostezó la lechuza—. Se esconden. Búscalos donde lo usabas.

Fiu lo buscó entre las ramas del roble. Allí encontró un nido vacío y una pluma azul, pero ningún silbido.

Lo buscó en el campanario. Allí encontró una telaraña enorme y una campana que llevaba años sin sonar.

Lo buscó en el río. Allí solo había piedras redondas y un pez que lo miró con cara de pocos amigos.

Al atardecer, cansado, se sentó en la colina, junto a un niño que intentaba volar una cometa. La cometa subía un poco, temblaba y volvía a caer. El niño la recogía y lo intentaba otra vez.

—Venga —murmuraba—. Por favor.



Fiu se quedó mirando. No tenía fuerzas para soplar fuerte, pero pensó que un poco sí. Se acercó despacio, por debajo, y empujó la cometa con todo el aire que le quedaba.

La cometa subió. Y subió. Y se quedó allí arriba, quieta, roja contra el cielo naranja.

El niño gritó de alegría. Otros niños llegaron corriendo desde el pueblo. Al rato, la colina estaba llena de cometas, y Fiu iba de una a otra, empujando, sosteniendo, levantando.

Y en medio de tanto ajetreo, sin darse cuenta, se le escapó un sonido.

Fiuuuuu.

Era su silbido. Más bajito que antes, pero suyo.

La lechuza tenía razón: no se había perdido. Se había escondido en las cosas que le gustaba hacer, esperando a que volviera a hacerlas.